

Maximiliano, heredero de un nombre ilustre, pariente de casi todos los Soberanos de Europa, quiso ser en el Nuevo Mundo la glorificación mixta del Imperio y de la Democracia. Descendiente de mil reyes que han gobernado las opulentas naciones de la Europa, solo en el secreto impenetrable del destino pudo estar escrito que seria el restaurador del Imperio en México. Restauración peligrosa, aunque fuera hija de un espíritu que conocia el progreso del siglo, y se tratara de un pueblo dócil y bueno que repugna los espectáculos de sangre. Restauración imposible, aunque la dinastía de Carlos V tomara en sus manos la bandera de igualdad y libertad.

Este habia sido el tema de nuestras conversaciones tres años atrás, y del sepulcro del Archiduque se desprende esta verdad. Los pueblos, con su instinto, son el mejor maestro de los hombres de Estado. Las masas de Europa y América vieron el Imperio mexicano como imposible, y la expresión popular de aquella opinión, es hoy un hecho consumado. México ha vuelto á la República.

¿Será ésta tumultuosa como en sus últimos tiempos? ¿Será tan indiferente como en los primeros? ¿A la vista de los últimos sucesos, podrá todavía agitarse otra bandera de división entre los mexicanos? ¿Presentará el país el repugnante cuadro de dividirse en verdugos y víctimas? ¿Agitarán los vencidos los resortes de la guerra civil? ¿Llegará un día en que los mexicanos, unidos, hagan de esta tierra deliciosa una nación digna del respeto y estimación de extraños, y del afecto fraternal de los suyos? ¿Al fanatismo de los partidos, no les alumbrará hoy el fuego santo del amor á la patria? ¿No habrá en el recogimiento del duelo en unos, y en la satisfacción gozosa de los otros, una tregua para dar cabida á pensamientos de bienestar nacional? ¿No habrá para México esa luz que guía la inteligencia de los hombres políticos? ¿No se abrirá el corazón

mexicano á esos sentimientos de nacionalidad que borran la memoria de la guerra civil cicatrizando las heridas por donde desgarrándose moriría por su propio aniquilamiento?

Al angustioso período de nuestra permanencia en San Luis, sucedían unos días de camino en que con toda calma pensábamos algo del pasado, y veíamos de frente el porvenir. Los acontecimientos se precipitaban, y el advenimiento pleno de la República seria obra del mas inesperado momento.

Entrecortadas conversaciones de algunos incidentes de nuestro encargo, como defensores, preparaban el espíritu, más para juzgar del futuro, que de un suceso que estaba entregado ya á la apreciación nacional. Dios, que es la fuente de la verdad, será el único juez que en su sabiduría podrá medir rectamente la conciencia de los hombres. La humanidad siempre dividida, porque su patrimonio es lo falible, no podrá pronunciar un fallo digno de ser la expresión de una conciencia universal. Solo ante Dios se reflejan nuestras acciones en la mas pura moral.

La historia no tendrá un criterio uniforme para juzgar la muerte de Maximiliano.

Á la sombra del fin trágico del Imperio, era preciso pensar en la impresión que á sus partidarios les causara: cuál seria su conducta: qué actitud tomarían en la política del país: qué harían los vencedores: qué ofrecía el cuadro militar: qué esperanzas presentara la política triunfante: cuál seria la suerte de los vencidos.

El espíritu que ha pasado por la lucha agitada de la vida y la muerte, aunque no sea la propia, tiene mas que otro la necesidad de una contemplación fría. Al desplomarse unas instituciones, de entre sus escombros habia que fijar las miradas en los elementos de la República renaciente, porque la muerte de Maximiliano era una trasparente decoración del triunfo de

la democracia; pero no era un cambio en que se permitiera acaso el concurso de todos los elementos nacionales. La desgracia no permitía aún que los mexicanos universalmente sintieran el mismo entusiasmo, al oír el canto victorioso de la República. Del fondo de cada corazón brotaban votos por la paz que traería el triunfo constitucional; pero había corazones que pasaban por la agonía del miedo, y aquellos votos se ahogaban en una corriente de lágrimas de una parte de la sociedad.

Presenciábamos el último choque armado de las pasiones; y al aproximarse el día en que pudieran algunos de los vencedores, sañudos hacer ostentación de su poder, es preciso confesar que no era universal la esperanza de una conducta templada. El temor general era el de que la Constitución, que como bandera había triunfado, no fuese una verdad.

Jamás se habían presentado más elementos para el bien; jamás se había presentado mayor peligro de tomar el camino del mal.

En medio de esa dolencia moral en que cae el defensor, que no arranca del patíbulo á quien le confiara su vida, fija la atención en el cuadro que ofrecía el ejército; veíamos al general Riva Palacio proclamando con hechos, que no se borrarán en la historia, *que no abriga rencores por el pasado ni temores por el porvenir*. Este lema era la expresión de sus sentimientos, la exposición de sus convicciones, y el espejo de su conducta como jefe militar y como gobernador del Estado de México.

Ese lema, proclamación de un hombre de carácter independiente, era una voz que se oyó en la agonía, como la promesa de algún perdón para los descarriados: era una esperanza de reconciliación para el porvenir. ¡Dios bendiga esos pensamientos, único remedio de nuestra patria desgraciada!

En el ejército del Norte, el general Escobedo, jefe que mandaba cuerpos de una excelente disciplina, de un valor experi-

mentado, y de un sufrimiento que presenta raros ejemplos, nos había dicho, con el acento de una obediencia inquebrantable: que fiel á la ley, sería siempre el instrumento ciego del Gobierno que la representara.

El general Corona, ligado en estrecha amistad con el general Riva Palacio, fraternizaba también en sus ideas, y la noble ambición de hacer el bien de la República, por el triunfo de los principios de libertad, procurando la aceptación de ellos por los vencidos, era todo su anhelo, según nos refería alguno de sus amigos. Poco conocido este general en la capital de la República, con gusto se oyó asociar su nombre á un pensamiento tan político y humanitario.

El general Diaz presentaba, en su carrera, un conjunto de hábil político é inteligente militar, á quien su talento, su fortuna, ó la Providencia, le deparaba un importante papel en el principio y en el fin de la Intervención y del Imperio. Había dado pruebas de comprender el poder de las marchas rápidas en el ejército, de tener el valor para tomar por asalto á Puebla, y de economizar la sangre por medio de un sitio de seguros resultados. Como militar, había conquistado merecidos laureles, que no se marchitaron con su entrada á México.

Al través de la esperanza que alguna parte de la ciudad tenía, de que la transición fuera ordenada, y sin el más leve exceso, la alarma de la crisis era casi general, porque la unanimidad de pensamientos era casi imposible. El espíritu público no siempre se detiene en sus arranques de júbilo, en donde la ley y la moral se encuentran.

Un abismo se abre muchas veces, donde solo debieran oírse y verse los plácemes y goces de una victoria nacional.

Á nuestro regreso, en San Juan del Río, supimos que el tacto y la firmeza del general Diaz habían correspondido á las esperanzas de los buenos hijos de México, que en sus ensue-

ños deliraban entusiastas con el pensamiento de que este jefe liberal, reflexivo y humanitario, no permitiese que una sola mancha cayera sobre el pabellon nacional.

La entrada del ejército liberal á México, donde se encontraban hombres saturados de pasiones, por el largo período del sitio militar, será siempre una página gloriosa en la historia de este país, de su ejército, de su jefe y de las personas que lo acompañaron. ¡Ojalá, decíamos nosotros, y la Nación responda á la honra que su ejército ha conquistado en su entrada á México!

Apartando la vista del cuadró militar, para pensar en la suerte futura de México, recordábamos multitud de pensamientos que sobre severidad moral en la administracion pública, habíamos oido á los miembros del gabinete en las discusiones sobre el encargo que nos llevó á San Luis Potosí. Todos esos pensamientos despejaban para nosotros el horizonte, nublado todavía para la mayor parte del país. El Sr. Lerdo nos habia repetido muchas veces: que el Gobierno, aleccionado por la experiencia dolorosa de la Intervencion, habia estudiado las necesidades de la República; y que para satisfacerlas, no se perdonaria medio alguno: que el Gobierno seria justiciero, y no permitiria el desbordamiento de las malas pasiones: que estaba resuelto á combatir para no dar cabida mas que á las aspiraciones de justicia, de orden y de sábia libertad.

El señor Presidente, poseido de una conviccion profunda, nos habia dicho, que su esfuerzo para dar al país la paz que necesitaba, seria tan grande como el deseo de ver á su patria próspera y feliz, libre de toda dominacion extranjera.

Refrescábamos, por decirlo así, todas estas memorias en nuestras conversaciones de camino, y al llegar á la capital, leímos con gusto multitud de artículos de periódicos, bien escritos, en que no estallaban como venganza el ultraje y la in-

juria. Los liberales, al romper el silencio de cuatro años, eran circunspectos, y su alma, concentrada en el bien de la patria, oponia un dique á fugaces arranques de indignacion, por un pasado de sufrimiento.

En los momentos en que casi el mundo entero nos veia condenados para siempre á la barbárie; en la suprema y mas peligrosa crisis porque ha pasado nuestra patria, del abismo en que parecia hundirse brotaban elementos de una esperanza consoladora.

Jamás el país ha tenido mas moderacion, ni uniformidad mas marcada, por caminar al bien que nace de la paz. El patriotismo, el peligro, el temor, el desengaño, la esperanza, se han mezclado tal vez para despedir por siempre á la discordia.

El amor de la patria creció en el infortunio, y sus hijos, casi todos, quisieran cubrir el pasado con un denso é impenetrable velo, para abrir una cuenta nueva donde solo se registren acciones dignas de corazones formados para el bien.

La union está ya en el instinto de la propia conservacion, y llegará, antes de mucho tiempo, á ser cordial. La aceptacion de la libertad no puede ya dudarse. Ella es hoy el deseo universal, expresado por los vencedores con la incesante reclamacion de la vuelta al orden constitucional, y por los vencidos con la solicitud de la recta y práctica aplicacion de los principios constitucionales.

De esta lucha, es preciso que se desprenda la mas grande victoria moral para un país acusado de criminal y de bárbaro. Esa victoria debe ser la de la justicia. En lugar de crímenes triunfantes, debe México presentar el ejemplo de una liga de hombres honrados, que con su poder conjuren los peligros de la anarquía y libren á su patria de los desastres del desprestigio moral.

La tumba de Maximiliano arrancó en el exterior un grito

destemplado contra México. La memoria de este príncipe será por algunos divinizada, y por otros combatida. Fuera del país, será una cuestión histórica, en cuya apreciación las pasiones han de mezclar su saña, sus preocupaciones, su ceguedad, y á ese torrente debe contestarse con hechos que demuestren que en México la libertad sea un goce conquistado por la ley; la justicia el norte de los gobernantes.

Si á la memoria de Maximiliano levanta un altar el corazón de algunos mexicanos: si la imaginación se los presenta como digno del culto del patriotismo: si para otros es una persona justamente condenada y objeto de imprecaciones, veamos todos en el fondo de nuestro corazón, en el tribunal de nuestra conciencia, lo que en el porvenir demanda nuestra patria, y abrámos un libro para el nuevo registro de nuestra vida pública. No renovemos mas disensiones de pasado, enlazando con la memoria un drama continuo que no hará la honra de México. Las divisiones entre hermanos, sus rivalidades y encono, son la peor herencia que podemos legar á nuestros hijos. Pensemos en ellos, y la herida sensible de la guerra civil comenzará á cicatrizarse. Olvidemos las pasiones, para dar cabida á las necesidades justas de una sociedad que quiere luz, derecho, inteligencia, virtud. Es preciso comprender la fuerza irresistible de las cosas, y ella marca como punto único de apoyo para las aspiraciones legítimas, la República Constitucional.

Pensar en otra cosa es un sueño, es un delirio, es un crimen. Si, un crimen imperdonable, porque haríamos de esta tierra deliciosa una mansión de fratricida guerra, y la sangre que se derrama de un hermano, trae la maldición de Dios y de los hombres: abríamos con nuestras disensiones las puertas de nuestra patria, á fuerzas extrañas que pudieran algún día creer que estábamos de sobra en esta tierra que Dios crió para la felicidad del hombre, y que nosotros, se grita hoy en el

mundo, cubrimos sus frutos, estancamos su riqueza y ahogamos á sus propios hijos con la sangre de la familia.

Acreditémos que la vitalidad de los partidos, que la energía de la lucha, que el esfuerzo revolucionario, que el valor, que ese desprecio heroico de la vida en los patibulos, de que México ha dado repetidas pruebas, se convierten ahora al bien de la patria.

Entonces sustuiremos la corriente destructora de la anarquía, el vértigo execrable de la pasión política, los cantos victoriosos sobre la tumba del hermano, el desprestigio moral, la aclamación de la guerra, el negro odio de la lucha, la zozobra del éxito, la confusión dolorosa de la incertidumbre, la profanación de los derechos santos, el sombrío porvenir de nuestros hijos, el ataque á la propiedad, la muerte del hombre por el hombre—cuadro horrible que es la base de acusación contra México—con el sincero y puro amor patrio que estrecha en vínculos de afecto á los hijos del propio país, que hace de la libertad práctica el tesoro inestimable, el manantial seguro del goce pleno de los derechos del hombre.

La abnegación de unos días, el sacrificio casi momentáneo de alguna pasión, dará al espíritu nacional una fuerza superior á las miserias de ese antagonismo ciego de la guerra civil que conduce á desconocer en sus propios hermanos, en los hijos, en los padres, el sentimiento de la virtud, de la justicia, del honor, deshonrando con inexplicable injusticia, entre propios y extraños, á su familia, á su raza, á su patria.

Falta grave que expone á peligros nuestra nacionalidad é independencia, y de la cual México no es ni debe ser reo. Las recriminaciones de partido van tan lejos de la verdad, que son el arma emponzoñada de un involuntario suicida, que loco y delirante al descargar sobre su adversario, absorbe los elementos deletéreos de su propia existencia.

Así es como México, tan digno de la estimación de los hombres de un corazón bien formado, ha sido víctima de todas las calumnias que puedan pensarse, concebirse, imaginarse. No hay baldón con que á nuestra patria no se haya injuriado: no hay mancha que sobre nuestra frente no se haya pretendido arrojar. Pero de este oprobio, México se verá libre; porque esta difamación es hija del grito destemplado de nuestras disensiones.

En México hay un gran sentimiento por la virtud y la justicia: hay hombres de prevision, pensadores, concienzudos, escritores distinguidos; hay una razón sana, una imaginación artista, un criterio recto, entusiasmo por la patria, valor á prueba, amor á la libertad; pero sobre ese conjunto, con nuestras diferencias arrojamos un negro velo que el mundo recoge solo para mostrar y exagerar nuestras miserias, para presentarnos como un pueblo que deshonor á la humanidad, y en la nube de anatemas que amenazan á nuestra patria, hay la fatídica predicción, de que nosotros mismos estamos encargados de vengar esos ultrajes á la humanidad, devorándonos. Nuestro suelo, vírgen todavía para el trabajo y empapado en sangre, pasaria, según se vaticina, á ser poblado por otra raza que, obediente á los fines de la creación, cultivara esta tierra fecunda, haciendo así la felicidad privada y la pública.

Este extremo ó la anarquía, con sus funestas consecuencias, será el fruto reprobado de nuestras querellas, según dice una gran parte de la prensa europea.

El esfuerzo de unión, el sacrificio de las malas pasiones, nos dará, en poco tiempo, la realidad de una vida tranquila, el bienestar del trabajo, los goces de la familia, el encanto de los afectos fraternales, el seguro porvenir de los hijos, el entusiasmo sincero y ardiente por la patria.

El culto del patriotismo será entonces limpio de toda mancha, ajeno á todo remordimiento, y el concurso de todos los

hombres á fundar ese nuevo orden de cosas, presentará al mundo, para revindicar los ultrajes recibidos, el espíritu noble, la conciencia pura, la inteligencia elevada de los hijos de México.

No está acaso muy distante ese día. El año de 1867 puede preparar para nuestra patria un abismo de males, ó ser por el concurso de sus buenos hijos, un punto de partida para realizar las más bellas esperanzas. Para ello es preciso que la victoria de la libertad sea un presente para todos los mexicanos, á quienes la crisis más solemne de la República les haya abierto y marcado el camino de su verdadera aspiración.

México, delante el cuadro de la discordia, no gozará ni de bienestar ni de honra. La energía de los partidos en su división, será el camino inverso del feliz destino á que pudiéramos aspirar. La unión es la fuente de todo bien en las naciones de reciente inscripción entre los pueblos libres.

¡Ojalá y la tempestad que ruge sobre nosotros, la disipe México alumbrando su horizonte con el brillo de sus buenas acciones!

¡Ojalá y la fraternidad de los que hemos nacido en este país sea una verdad que prepare la rica herencia de una patria feliz á nuestros hijos, y de un pueblo amigo y generoso para los extraños!

¡Dios quiera y del abismo de males en que nos hundió la discordia, brote la luz que guie los pasos de la República. . . !

México, Julio de 1867.

MARIANO RIVA PALACIO.

RAFAEL MARTINEZ DE LA TORRE.